

TARDE XXIX

LA DELICADEZA

El hombre de pundonor,
Generalmente apreciado,
Es bien quisto y estimado
Con distinguido favor.
Si algun impío rigor
De la suerte le persigue,
Sobreponerse consigue
Con solo su buen obrar
Y siempre llega á encontrar
Quien sus desgracias mitigue.

Quedóse Vertpré, como habia prometido, y entretuvo la mañana hablando á los hijos de Palemon de las pintorescas montañas de Auvernia y mostrándoles sus dibujos, que se alegraron mucho de ver, porque era materia en que podian dar su voto, y no pudieron ménos de hacer justicia al mérito de su huésped.

Por la tarde continuó este la narracion de sus aventuras de Auvernia, del modo que sigue :

Concluye la historia de la familia de Auvernia.

Luego que hubimos terminado la cena, Santiago, que era el jefe de aquella familia, alto, seco, como de unos cincuenta años, me preguntó : ¿ Sois de Auvernia ? — No, amigo mio, soy de Paris.

— ¡ De Paris ! bien conozco esa ciudad ; allí fui aguador mas de veinte años... y me acordaré toda mi vida, añadió suspirando. — ¿ Qué, habéis experimentado allí algunas desgracias ? — Una sola, pero que vale por muchas. — ¿ Queréis contármela ? — Mucho mal me hizo cierto sugeto, muy ingrato fué para conmigo, pero no deshonraré su nombre. No hubiera creído en él semejante maldad. Dios le perdone.

No quise insistir en mis preguntas, felicité á la madre por buen órden en que tenia la casa, por la compostura que observaban á la mesa sus dos hijos pequeños, y sobre todo por la belleza y modestia de María, á quien me pareció no serla yo tampoco indiferente ; mandaron á esta que cantase á estilo del país, y sin hacerse de rogar, cantó lo que vais á oir :

Escúchame, Perico,
un momento no mas,
te diré los amores
de Benita y Colas.

Encontróla en las eras
el dia de San Blas,
y dijo que la amaba
cada vez mas y mas.

Que sus ojos azules,
su gracia en el andar,
y su cara de cielo
loco le volverán.

Y su saya encarnada,
pañuelo de madras,
jubon de terciopelo
y cintas y collar,

Quítanle el blando sueño
y el dulce descansar ;
pónenle cabizbajo
y le hacen delirar.

Al verle tan garrido,
tan majo y tan galan,
prendóse de él Benita,
amóle con afan.

Dijole la muchacha :
si te quieres casar,

dos vacas y un pollino
mi madre me dará.

Concertóse la boda
allá para San Juan,
y en tanto bailan juntos
si hay danza en el lugar.

Y á la fuente por agua
siempre juntitos van,
y á casa de Benita
de noche va Colas.

Ahora dime, Perico,
¿ por qué, como Colas,
á tu amada Maruja
no vienes á buscar ?

Tambien me rogaron que cantase alguna cosa á estilo de Paris,
y por complacerlos canté lo siguiente :

¿ Quién resiste al amor cauteloso
Cuando en forma gentil se presenta,
Y beldad natural solo ostenta
Despojada de ornato fastuoso ?

¿ El que huyendo del Dios azaroso
Las ciudades dejar solo intenta,
Y en los campos sus reales asienta,
Piensa incauto salir victorioso ?

Qué, en los montes, los valles, los prados
¿ No hay preciosos semblantes de rosa ?
¿ No hay luceros de vista alevosa
Que nos matan si miran airados ?

Y si afables se bajan templados
¿ Qué no vence su vista amorosa
Si la anima sonrisa graciosa
Que derrita los pechos helados ?

Despues me condujeron á una estancia dónde hallé una aseada cama, y dormí hasta el dia siguiente. Apénas se levantaron en la casa me vestí y quise despedirme ; pero se opusieron á mi partida. ¿ Qué prisa tenéis ? dijo Santiago ; permaneced entre nosotros algunos dias, y dibujaréis cuanto os acomode ; el país no es hermoso por aquí, pero iremos á San-Flour donde la naturaleza se os

tenta en toda su belleza; yo os acompañaré, y tambien mi hija María, que es una buena muchacha á quien ya hubiera casado, ¡pero son aquí tan pobres las gentes de nuestra clase! — ¿Y vos, Santiago, sois rico? — No por cierto; ¿pues si yo fuera rico exigiría que lo fuese mi yerno? Pero si yo nada tengo ni mi yerno tampoco, mi hija, que es lo que mas me importa, no puede ser feliz... Conque ¿os quedáis ó no?

La filosofía natural de este hombre me agradaba; ningunos negocios me acosaban, y como por otra parte María habia hecho tan profunda impresion en mi alma, resolví quedarme algun tiempo entre aquellas buenas gentes. Todos los dias salia á recorrer la comarca, acompañado de Santiago ó Luis su hijo, ó de María que era lo mas comun. Estuve así ocho dias; despues me rogaron permaneciese otros quince, y yo no sabia separarme de tan apreciable familia. Me interesaba tanto principalmente la buena María, que consultando seriamente con mi corazon, vi que estaba perdidamente enamorado de ella: si reflexionaba sobre mi situacion ¿podia prometerme alguna brillante alianza yo, pobre huérfano, sin parientes, sin amigos y condenado por el deshonor de una quiebra á una perpétua oscuridad? María era jóven, bella, virtuosa; yo la amaba; si ella me correspondia y el padre daba su consentimiento, ¿por qué me habia de avergonzar de enlazarme con unas gentes honradas?

Un dia que yo estaba entregado á estas reflexiones, se acercó á mí María y me dijo: ¿Qué tenéis? parece que derramáis algunas lágrimas. — Sí, María, lloro y vos sois la causa. — ¿Yo? ¡Dios mio! pues á mí me sucede algunas veces lo mismo. — ¿Y seré yo quien haga derramar esas lágrimas? os habré desagradado? — No por cierto; si fuera así no lloraria: y yo ¿os he dado algun disgusto? — Al contrario, no hay cosa que yo ame mas en el mundo. — Yo no habia amado nunca, y ahora amo demasiado. — ¿Á vuestros padres y hermanos? — Eso por supuesto; pero tambien se puede amar á un amigo... y viéndoos me parece que tengo un hermano mas... un... — ¿Un esposo? — Puede que sí. — ¿Queréis ser mia? — Con todo mi corazon. — ¿Y vuestro padre? — Quiere que sea feliz y le diré que no puedo serlo sin vos.

María era franca y sencilla como la naturaleza, y cuando llegó Santiago, dejando aparte toda timidez, le dijo: — ¿Me amáis, padre mio? — Ya lo sabes. — ¿No me habéis prometido un esposo? — Cuando encuentres un hombre digno de tu amor. — Pues ya le he encontrado, presente le tenéis. — Muchacha ¿esta en tu

juicio? ¿Crees que el Sr. Vertpré quiera desacreditarse? — ¡Desacreditarme! exclamé yo; señor Santiago, ¿es posible que me atribuyáis un orgullo que no tengo? — Pero nosotros no somos mas que unas gentes... — Muy honradas, á quienes yo amo y respeto. — Pues bien, vamos al caso: ¿os agrada mi hija? — Sí, señor; infinito. — Bueno, eso es lo principal: otra cosa... vuestra familia... — Soy solo, no tengo padres ni parientes, ni mas amigos que vos, si queréis serlo. — Lo que es amigo siempre; pero ántes de ser suego quiero que sepáis mis intenciones. Ya os dije el otro dia que soy pobre y queria que mi yerno trajese algun poquito de dinero. — ¿Y cuánto sería bastante? — Si tuvieraís siquiera cien doblones... — Pues justamente los tengo: con-tad, Santiago, la cantidad que hay en ese bolsillo.

Santiago contó el dinero, lo volvió á poner en el bolsillo y me lo devolvió diciéndome que mas adelante me diria los motivos que tenia para exigir precisamente esta cantidad. En seguida abracé á mis nuevos parientes; quedó aplazada la boda para de allí á tres dias, y todos se ocuparon en hacer los preparativos necesarios. Santiago me llamó aparte, y haciéndome sentar á su lado, me rogó le escuchase atento.

Nací, me dijo, en esta pobre cabaña, que perteneció á mi padre, el cual, habiendo enviudado, me envió á Paris, donde al principio me ocupé en hacer recados y despues me hice aguador, consiguiendo tener muy buenos parroquianos en el arrabal de San German. Vine á mi tierra, me casé y despues volvi á Paris, haciendo casi todos los años un viaje á mi querida Auvernia para traer parte de mis ahorros; no todo, porque mi anhelo era reunir una cantidad suficiente para retirarme al seno de mi familia. ¡Dios sabe cuánto trabajaba para esto, porque eran muchas mis tareas! Al fin, llegué á reunir la cantidad de cien doblones.

Un dia entré en casa de un parroquiano, hombre honrado, á quien yo amaba porque aunque poderoso no tenia orgullo, me daba siempre tabaco y hablaba conmigo. Este hombre estaba triste; le pregunté la causa, y á fuerza de instarle á que me la dijese, me confesó que á consecuencia de una quiebra de un correspon-sal suyo, estaba arruinado, que tenia que hacer aquel dia algunos pagos y carecia absolutamente de fondos para verificarlo. En-tónces yo, conociendo su hombría de bien y persuadido de que cuando pudiese cumpliria conmigo noblemente, saqué mi bolsa con los cien doblones que tenia en oro, y le precisé á aceptarlos á pesar de su obstinacion. Unos dias despues vine á mi tierra, y

cuando regresé á Paris y fui á casa de aquel hombre, me encontré con que habia hecho quiebra y se habia ausentado de la capital, sin que se supiese el paradero de él y de un hijo que dejó. Quise reclamar; pero como no tenia ningun documento que acreditase la deuda, me aconsejaron no hiciese tal cosa, porque sería en balde. Entónces, viéndome ya sin fuerzas para el trabajo, me retiré á mi país y resolví no casar á María sino con uno que trajese en dote los cien doblones que yo habia perdido. Al fin lo he hallado, por lo que me considero dichoso de haber tenido tal inspiracion.

Durante la narracion de Santiago habia yo experimentado ciertos presentimientos inexplicables, y terminada que fué, rogué á Santiago dijese quién era el sugeto que tan mal habia procedido con él: se resistió, porque aunque le habia perjudicado no queria deshonorar su nombre. Tantas instancias le hice que al fin, suplicándome no saliese de mis labios, como tampoco volveria á salir de los suyos, me dijo que aquel hombre se llamaba Mr. Dermevil y era negociante.

Al oír este nombre perdi el color y quedé confundido sin articular una palabra: era mi padre el que habia arruinado á Santiago. Mi padre se llamaba como yo Vertpré Dermevil; pero era conocido bajo este último nombre, y á mi generalmente me llamaban solo Vertpré. Los cien doblones pertenecian á Santiago y yo debia renunciar á mi felicidad. Tomé, pues, mi resolucion y la llevé á cabo: salí de la casa, y encontrando á Luis, hermano de María, en el camino, hice que me acompañase hasta la próxima poblacion, que solo distaba média legua: entramos en una posada, y pidiendo tintero y papel escribí á Santiago la siguiente carta:

» Vuestra confianza, Santiago, me ha hecho infeliz. Vos ignorais que estabais hablando con el hijo del desgraciado Dermevil, origen de vuestras penas. Bajo este supuesto, considerad si debo aspirar á la mano de María. No tengo nada, y me veo envilecido á vuestros ojos. Os envío los cien doblones, única cantidad que creí me pertenecia: os la restituyo, y me ausento para siempre. Á Dios: consolad á María, á la que nunca dejaré de amar, y buscadla un esposo que sea mas digno de ella y de vos, que — *Vertpré Dermevil.* »

Cerré esta carta y la entregué á Luis juntamente con el bolsillo, regándole lo pusiese todo en manos de su padre.

El muchacho marchó y yo quedé en la posada entregado á las mas tristes reflexiones. Así pasé el resto del dia, y la noche, que era de las mas apacibles, me sorprendió en la ventana de mi ha-

bitacion contemplando el majestuoso aspecto de la naturaleza. Ya hacia algun tiempo que me hallaba de este modo, cuando siento los pasos de un caballo, y poco despues veo un hombre montado con un muchacho á la grupa. Eran Santiago y Luis que venian en busca mia.

¿ Has podido pensar, me dijo, que no sabria yo apreciar tu modo de proceder? ¡ podias haberte casado con María y guardado tu dinero, y no lo has hecho prefiriendo á tu gusto el honrado proceder! ¡ Este rasgo me ha complacido en extremo! ven, Vertpré, María te espera llorando á mares, y todos desean verte. — ¿ Permitiréis que me case? — ¿ Por qué no? mi plan en nada ha variado.

Por fin, llegamos á casa, donde fuimos recibidos con la mayor alegría; dos dias despues se verificó nuestro enlace. Luego pasé á Clermont donde gané algun dinero que entregué á Santiago, pues no puedo permitir que vuelva á emprender trabajos superiores á sus fuerzas, y en la actualidad voy á Paris, donde espero ganar lo suficiente para sostener con decencia las presentes obligaciones y remitir á los padres de mi esposa una pension para que se mantengan con desahogo y den educacion á los otros dos hermanos.

Terminada la relacion de Vertpré, pasaron todos al comedor, donde cenaron con la mayor alegría.